



AÑO XXVI.

PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 40.

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.
Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA. En España, Canarias y Portugal.

Edición de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerías en colores punto Berlin, y 24 patrones tamaño natural.
Un año 160 rs.... Seis meses, 80... Tres meses, 45... Un mes, 16.
Edición de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.
Un año 120 rs.... Seis meses, 65... Tres meses, 35... Un mes, 12.
Edición sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.
Un año 80 rs.... Seis meses, 42... Tres meses, 22... Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS
AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS
DE FACIL COBRO.
PROPIETARIO: Don Abelardo de Carlos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.
Por un año, 12 pesos fuertes... Seis meses, 7 pesos fuertes.
EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.
Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.
MADRID, Librería de Don C. Bally-Bailliere, plaza del Principe Alfonso.
HABANA, Don Benito Gonzalez Tanago, calle Habana.
MEJICO, Mr. Isidoro Devaux
BUENOS AIRES, Don Federico Real y Prado.

Sumario. —Fichú María-Antonieta.—Trenza de cordon.—Abrazadera de cortinas.—Esquina de cojin.—Ramas de cuentas.—Dos cuellos bordados.—El arte de hacer punto de aguja.—Cuatro modelos de peinados.—Galones de cuentas.—Cinturon de tafetan de tul y encage.—Grabado de modas.
El nuevo encanto de la mujer.—Obrar bien... que Dios es Dios.—El Génio.—Recuerdos juveniles.—Sueños.—Explicacion del figurin iluminado.—Problemas de ajedrez.—Solucion del Salto del caballo inserto en el número anterior.

cillo, pasado, punto de nudillos, punto ruso y punto atrás.
El fondo de este modelo es de paño granate de color de *heces de vino*; el dibujo está ejecutado con muchas tintas del verde.

Ramas de cuentas.
para ejecutar esta labor se empleará hilo de latón muy fino, cuentas negras pequeñas, y filadiz negra; se hará esta rama con arreglo á las explicaciones dadas en nuestro número 33.
Se emplean estos adornos para peinados, sombreros, y tambien para guarnecer un traje de crespón negro ó de otro color; en este último caso, se escogerán cuentas de ámbar, de rubí, ó de otra cualquiera tinta.

Fichú María-Antonieta.

Se hacen estos fichús, ó bien de muselina blanca con encage ó guipur, ó bien de tegido igual al del traje; principian á reemplazar á los pardesús, pero su uso se ha adoptado hasta ahora solamente por las personas que salen en carruage; los cabos, muy largos, se cruzan por delante y se atan atrás.

Trenza de cordon.

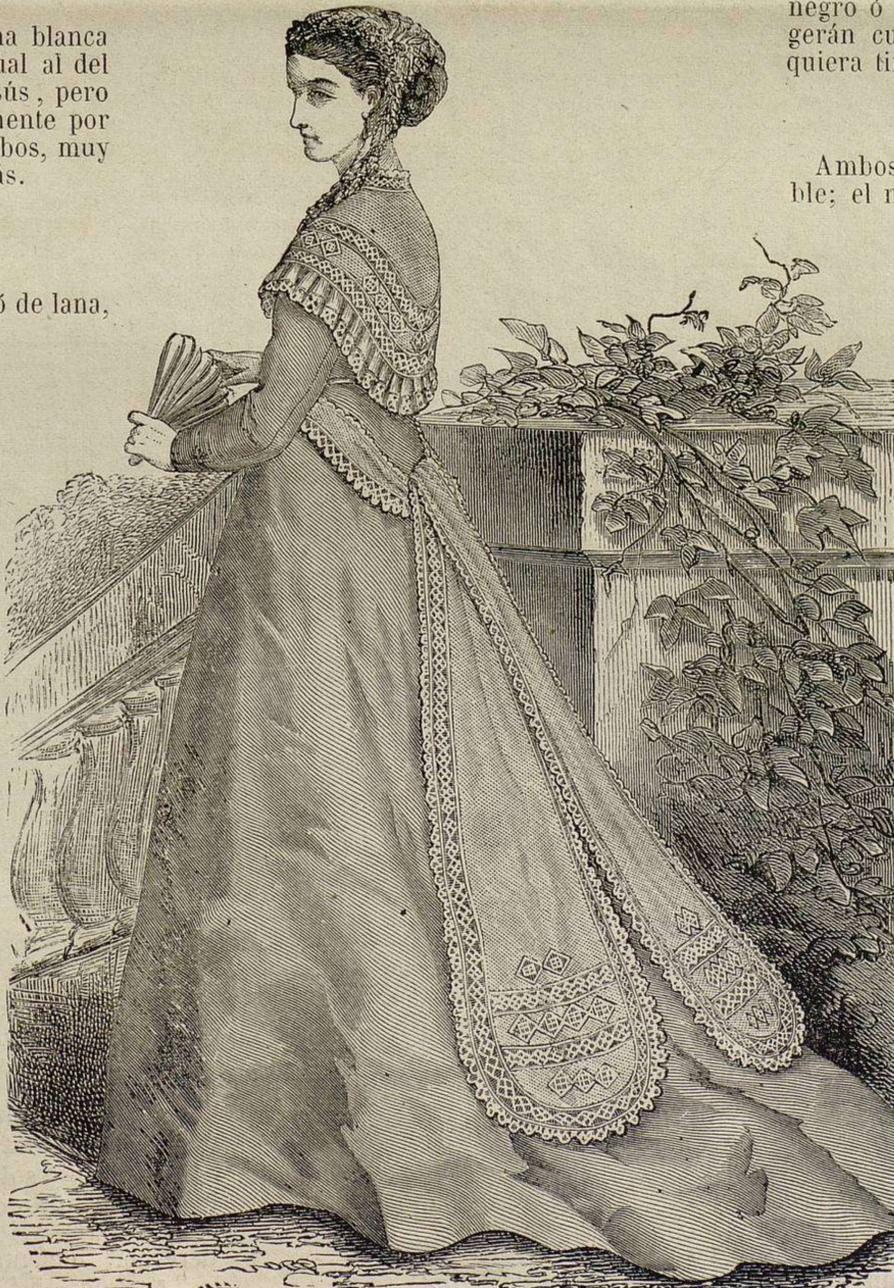
Esta trenza, hecha con trencilla de seda ó de lana, servirá para guarnecer trajes, enaguas ó confecciones; el dibujo indica la ejecución de esta labor.

Abrazadera de cortinas.

La parte media de esta abrazadera se compone de una trenza de nueve cabos; 8 pedazos de cordon-cartulina se doblan por la mitad de su largo, y se ponen unos junto á otros; el 9.º cordon se pone en uno de los extremos debajo de los demás cordones, luego se ejecuta la trenza, formando primero un bujecillo; se procede como para las trenzas rusas, es decir, que se toma siempre el cordon exterior, y se le pasa alternativamente una vez *por encima* de los cordones y otra por debajo. Cuando la trenza tiene el largo conveniente para la abrazadera, se cosen los cordones cuatro á cuatro, y se los fija haciendo un feston; el extremo de los cordones se desfleca, y así se forma una borla; el cabo del noveno cordon se fija debajo. Se orla en seguida la abrazadera por ámbos lados con *bujecillos* que se forman empleando un nuevo cordon; á este se atan dos pedazos de cordon, que se desflecan para formar dos borlas.

Esquina de cojin.

Se ejecuta este dibujo con muchas tintas de seda de un mismo color; la labor se hace sobre paño, á punto de cordon-
OCTUBRE DE 1867.



FICHÚ MARIA-ANTONIETA.

Dos cuellos bordados.

Ambos se ejecutan sobre lienzo fino, puesto doble; el n.º 1 se hace con algodón blanco, al feston, al pasado y á punto de *nudillos*. Este punto ruso se ejecuta con seda fina negra. El n.º 2 se hace enteramente con algodón al feston, al pasado, á punto de escala en línea recta, á punto de *nudillos* y punto de *cordoncillo*.

El arte de hacer punto de aguja.

(Véase el n. 14 de este año.)

II.

Estos diversos dibujos, insertos en la página 316 de este número, servirán para los bordes superiores de las medias, para terminar enaguas blancas y otros objetos de la misma especie.

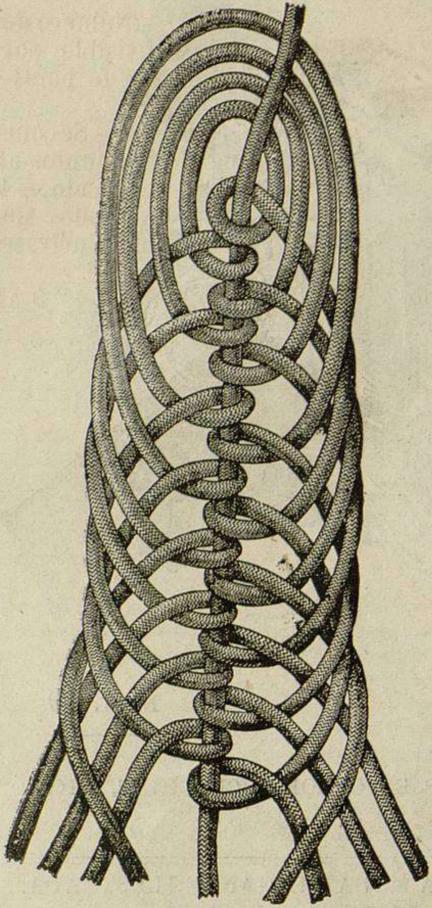
N.º 1.—Este dibujo termina en puntas pequeñas; el número de puntos sobre los que se le ejecuta debe ser divisible por 10. Se hacen primero 5 vueltas al derecho sobre los puntos que se han armado.

6.ª vuelta. — Alternativamente un echado y un menguado (es decir, 2 puntos hechos juntos al derecho).

7.ª á 11 vueltas.—Al derecho. En la 7.ª se hace un punto al derecho sobre cada echado; se levantan sobre una aguja especial los puntos por los cuales se ha principiado la labor, y se hacen juntos uno de estos puntos con uno de los que se encuentran sobre la aguja de la 11.ª vuelta, de modo que el revés de la labor quede hácia adentro; el fondo se compone de las vueltas siguientes:

1.ª vuelta.—* Un punto al derecho,— 8 al revés,— 1 al derecho,— 1 echado. Vuélvase siempre desde *.

2.ª vuelta.—* Menguado (el menguado



TRENZA DE CORDON.

de este lado se compone de dos puntos hechos juntos al derecho y al sesgo, — 6 al revés, — menguado (ahora 2 puntos hechos juntos al derecho). Sobre el echado siguiente se hacen 6 puntos al derecho, picando cada vez la aguja debajo del echado, tomando en él la hebra, trayendo este bucleillo sobre la aguja izquierda, y volviéndole á tomar para hacerlo. Vuélvase desde *.

3.^a vuelta. — Un punto al derecho; * 6 al revés, — 8 al derecho. Vuélvase desde *.

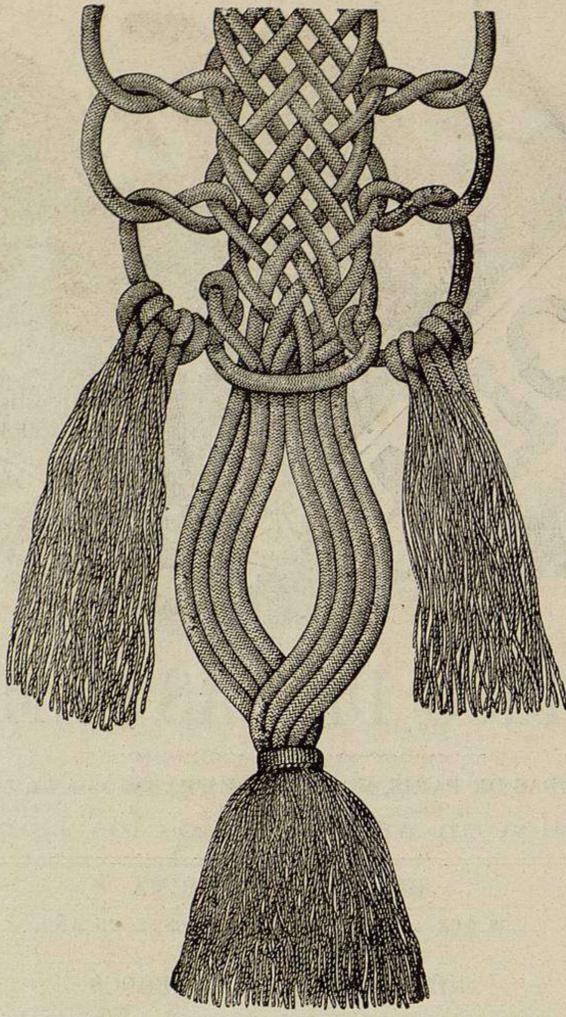
4.^a vuelta. — * Menguado, — 4 al revés, menguado, — 6 al derecho. — Vuélvase desde *.

5.^a vuelta. — Uno al derecho, — * 4 al revés, — 8 al derecho. Vuélvase desde *.

6.^a vuelta. — * Menguado, — 2 al revés, — menguado, — 6 al derecho. Vuélvase desde *.

7.^a vuelta. — Uno al derecho, — * 2 al revés, — 8 al derecho.

8.^a vuelta. — Uno al revés, — * 1 al derecho, — 1 echado, — 1



ABRAZADERA DE CORTINAS.

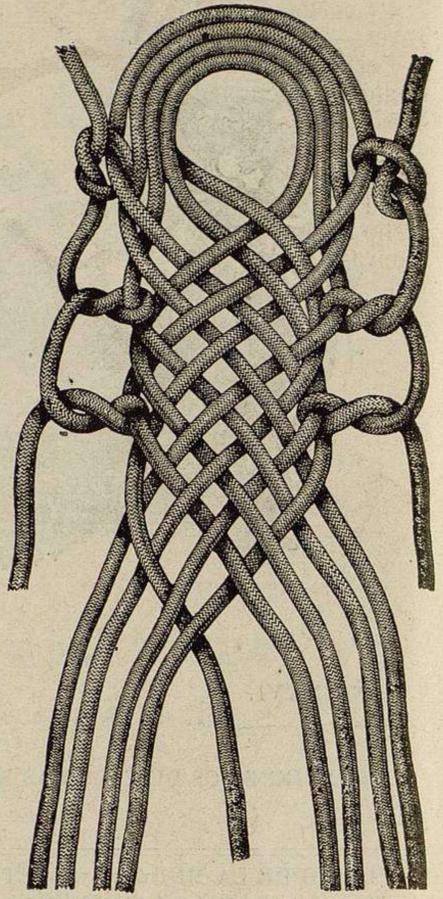
el 1.^o de los 2 puntos que se hacen juntos sea siempre el que se ha hecho sobre el echado. Después de la 8.^a vuelta se ejecuta una fila de puntitas, y para terminar esta se hace en esta fila, como en la anterior y en las siguientes un punto de la aguja sobre la que se trabaja con un punto de la 8.^a vuelta de la lista.

N.^o 4. — (Número de puntos divisible por 12). — Se hacen las puntitas como arriba.

1.^a vuelta. — * Cuatro puntos al revés, — 1 echado, — menguado (2 puntos al derecho hechos juntos al sesgo), — 6 al derecho. — Vuélvase desde *.

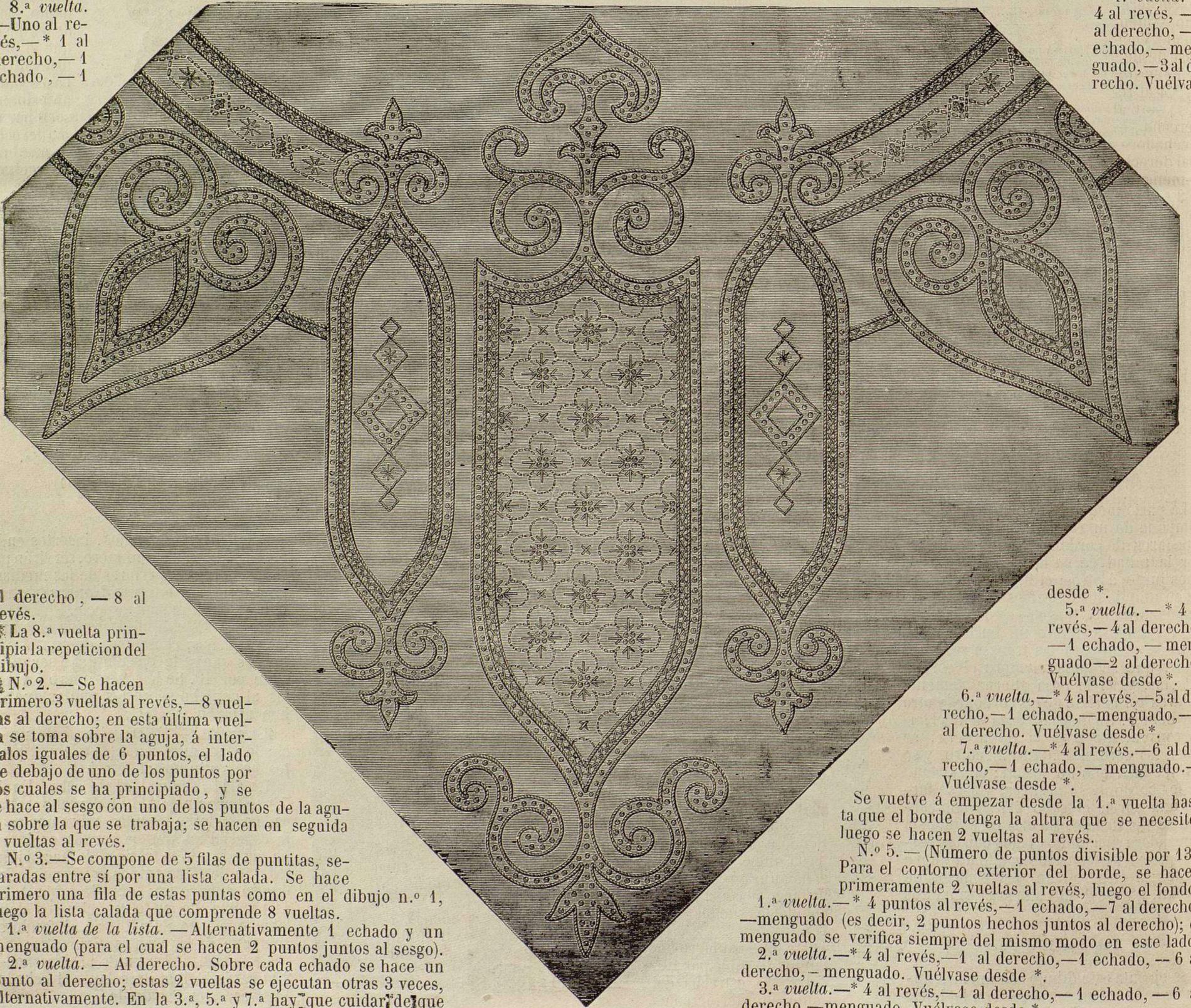
2.^a vuelta. — * Cuatro al revés, — 1 al derecho (este se hace sobre el echado), — 1 echado, — menguado, — 5 al derecho. — Vuélvase desde *.

3.^a vuelta. — * 4 al revés, — 2 al derecho, — 1 echado, — menguado, — 4 al derecho. Vuélvase desde *.



PREPARACION DE LA ABRAZADERA DE CORTINAS.

4.^a vuelta. — * 4 al revés, — 3 al derecho, — 1 echado, — menguado, — 3 al derecho. Vuélvase desde *.



ESQUINA DE CUGIN.

al derecho, — 8 al revés.

La 8.^a vuelta principia la repetición del dibujo.

N.^o 2. — Se hacen primero 3 vueltas al revés, — 8 vueltas al derecho; en esta última vuelta se toma sobre la aguja, á intervalos iguales de 6 puntos, el lado de debajo de uno de los puntos por los cuales se ha principiado, y se le hace al sesgo con uno de los puntos de la aguja sobre la que se trabaja; se hacen en seguida 3 vueltas al revés.

N.^o 3. — Se compone de 5 filas de puntitas, separadas entre sí por una lista calada. Se hace primero una fila de estas puntitas como en el dibujo n.^o 1, luego la lista calada que comprende 8 vueltas.

1.^a vuelta de la lista. — Alternativamente 1 echado y un menguado (para el cual se hacen 2 puntos juntos al sesgo).

2.^a vuelta. — Al derecho. Sobre cada echado se hace un punto al derecho; estas 2 vueltas se ejecutan otras 3 veces, alternativamente. En la 3.^a, 5.^a y 7.^a hay que cuidar de que

desde *.

5.^a vuelta. — * 4 al revés, — 4 al derecho, — 1 echado, — menguado — 2 al derecho. Vuélvase desde *.

6.^a vuelta. — * 4 al revés, — 5 al derecho, — 1 echado, — menguado, — 1 al derecho. Vuélvase desde *.

7.^a vuelta. — * 4 al revés, — 6 al derecho, — 1 echado, — menguado. — Vuélvase desde *.

Se vuelve á empezar desde la 1.^a vuelta hasta que el borde tenga la altura que se necesite, luego se hacen 2 vueltas al revés.

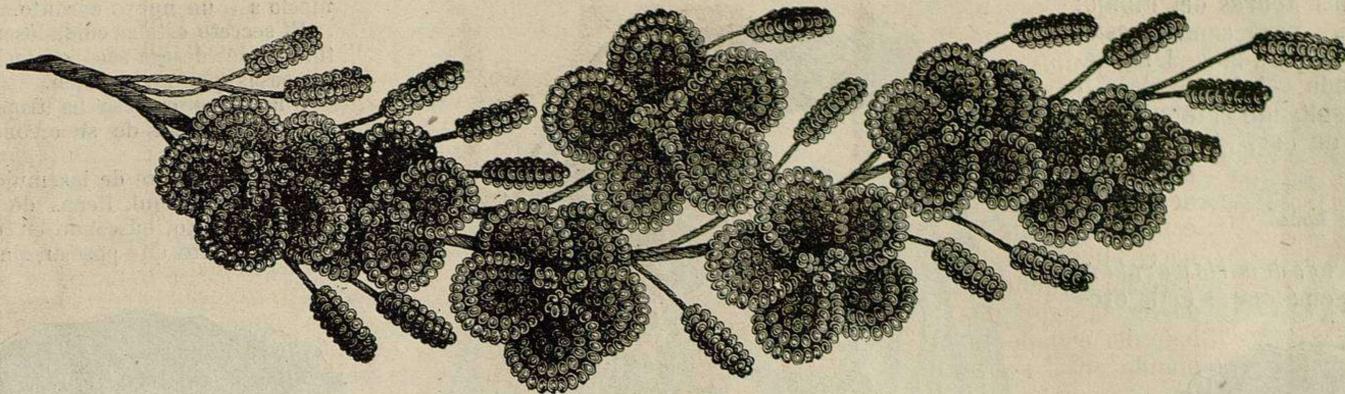
N.^o 5. — (Número de puntos divisible por 13). Para el contorno exterior del borde, se hacen primeramente 2 vueltas al revés, luego el fondo.

1.^a vuelta. — * 4 puntos al revés, — 1 echado, — 7 al derecho, — menguado (es decir, 2 puntos hechos juntos al derecho); el menguado se verifica siempre del mismo modo en este lado.

2.^a vuelta. — * 4 al revés, — 1 al derecho, — 1 echado, — 6 al derecho, — menguado. Vuélvase desde *.

3.^a vuelta. — * 4 al revés, — 1 al derecho, — 1 echado, — 6 al derecho, — menguado. Vuélvase desde *.

4.^a vuelta. — * 4 al revés, — 3 al derecho, — 1 echado, — 4 al derecho, — menguado. Vuélvase desde *.
 5.^a vuelta. — * 4 al revés, — 4 al derecho, — 1 echado, — 3 al derecho. — menguado. Vuélvase desde *.
 6.^a vuelta. — * 4 al



RAMA DE CUENTAS.

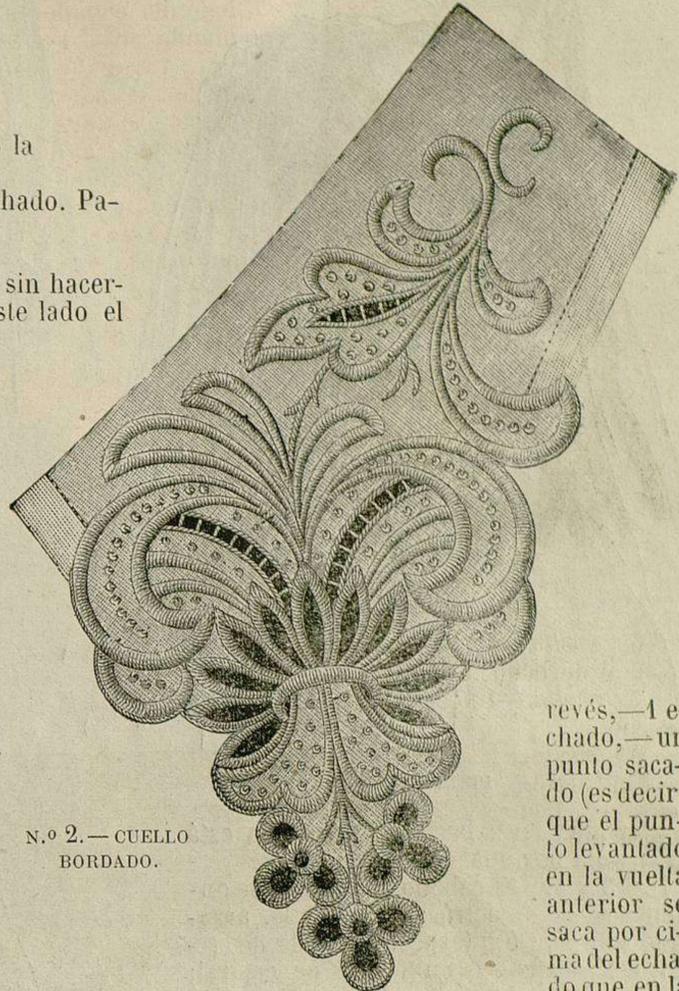
N.º 7. — (Número de puntos divisible por 6). Una fila de puntitas.
 1.^a vuelta. — Se compone de * 5 puntos al revés, — 1 echado, — 1 punto levantado sin concluirlo. Vuélvase desde *.
 2.^a vuelta. — * 5 al

de 2 vueltas al derecho, y en seguida se procede haciendo la 3.^a vuelta. — Alternativamente 1 echado, — menguado.
 4.^a vuelta. — Al derecho; se hace un punto sobre cada echado. Para el fondo se hace del modo siguiente:
 1.^a y 2.^a vueltas. — Enteramente al revés.
 3.^a vuelta. — * 2 al revés, — menguado (sacando un punto sin hacerlo, por cima del punto siguiente que se ha hecho; en este lado el menguado se verifica siempre de este modo), — 5 al derecho; se añaden 7 puntos (véase para los puntos añadidos el primer artículo del arte de hacer punto de aguja). — Luego, 5 puntos al derecho, — menguado (es decir, 2 puntos armados juntos). Vuélvase desde *.
 4.^a vuelta. — * 2 al revés, — menguado, — 15 al derecho, — menguado. Vuélvase desde *.
 5.^a vuelta. — * 2 al revés, — menguado, — 13 al derecho, — menguado. Vuélvase desde *.
 6.^a vuelta. — * 2 al revés, — menguado, — 11 al derecho, — menguado. Vuélvase desde *.
 7.^a vuelta. — * 2 al revés, — menguado, — 1 al derecho, — 7 veces seguidas alternativamente 1 echado, — 1 al derecho, — luego otro al derecho, — menguado. Vuélvase desde *.
 8.^a vuelta. — * 2 al revés, — menguado, — 14 al derecho (se hace un punto sobre cada echado), — menguado. Vuélvase desde *.
 9.^a vuelta. — * 2 al revés, — menguado, — 12 al derecho, — menguado. Vuélvase desde *. Se repiten desde la 1.^a a la 9.^a vueltas, y se termina por una orla igual á la del principio.



N.º 1. CUELLO BORDADO.

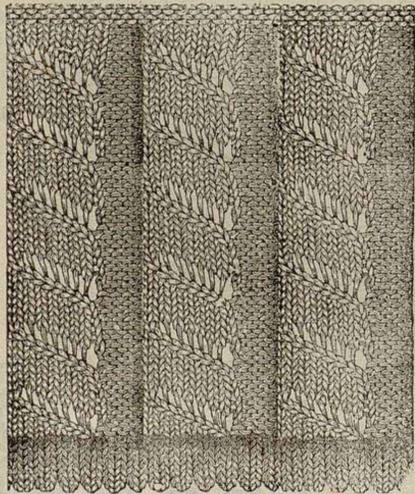
revés, — 5 al derecho, — 1 echado, — dos al derecho, — menguado. Vuélvase desde *.
 7.^a vuelta. — * 4 al revés, — 6 al derecho, — 1 echado, — 1 al derecho — menguado. Vuélvase desde *.



N.º 2. CUELLO BORDADO.

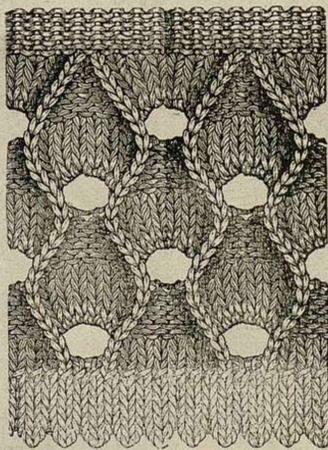
revés, — 1 echado, — un punto sacado (es decir, que el punto levantado en la vuelta anterior se saca por cima del echado que en la 1.^a vuelta le

8.^a vuelta. — * 4 al revés, — menguado (en este lado el menguado se verifica siempre del siguiente modo: un punto levantado sin hacerse, — uno al derecho, y el anterior sacado por cima de este), — 7 al derecho, — 1 echado. Vuélvase desde *.

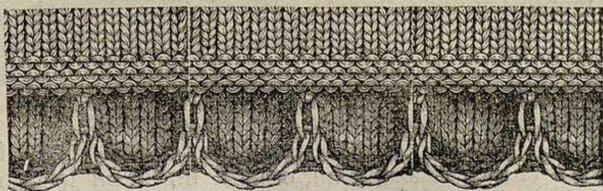


N.º 4. PUNTO DE AGUJA.

9.^a vuelta. — * 4 al revés, — menguado, — 6 al derecho, — 1 echado, — 1 al derecho. Vuélvase desde *.
 10.^a vuelta. — * 4 al revés, — menguado, — 5 al derecho, — 1 echado, — dos al derecho. Vuélvase desde *.
 11.^a vuelta. — * 4 al revés, — menguado, — 4 al derecho, — 1 echado, — 3 al derecho. Vuélvase desde *.
 12.^a vuelta. — * 4 al revés, — menguado — 3 al derecho, — 1 echado, — 4 al derecho. Vuélvase desde *.
 13.^a vuelta. — * 4 al revés — menguado, — 2 al de-



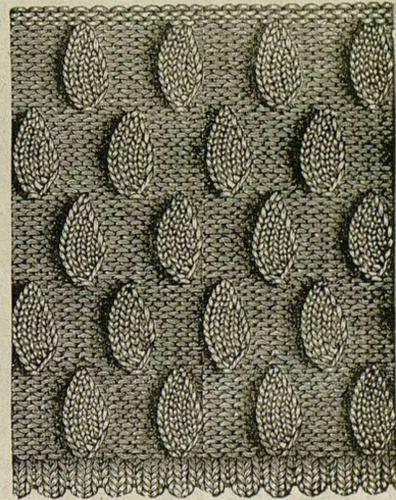
N.º 1. PUNTO DE AGUJA.



N.º 2. PUNTO DE AGUJA.

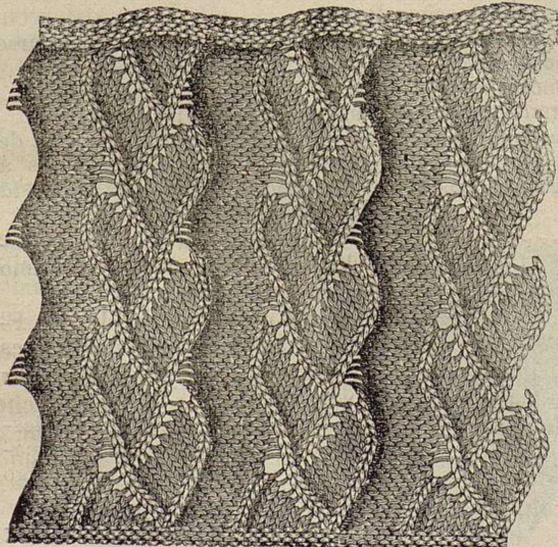
precede; no se hace este punto sacado, y se le conserva sobre la aguja de la derecha), — 1 al derecho (este se hace sobre el echado de la vuelta anterior). Vuélvase desde *.

3.^a vuelta. — * 5 al revés, — 1 echado, — 1 sacado (siempre con el mismo punto), 2 al derecho. Vuélvase desde *.
 4.^a vuelta. — * 5 al revés, — 1 echado, — 1 sacado, — 3 al derecho. Vuélvase desde *.
 5.^a vuelta. — * 5 al revés, — 1 echado, — 1 sacado, — 4 al derecho. Vuélvase desde *.
 6.^a vuelta. — * 5 al revés, — 1 echado, — 1 sacado, — 5 al derecho. Vuélvase desde *.



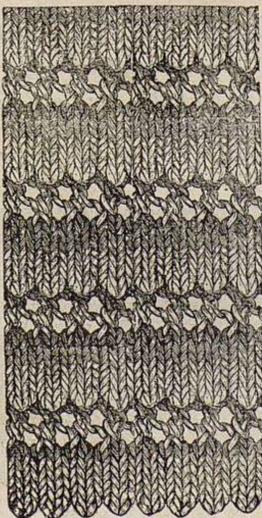
N.º 7. PUNTO DE AGUJA.

7.^a vuelta. — * 5 al revés, — menguado, es decir, que se hace el punto sacado y al derecho, con el echado de la vuelta ante-



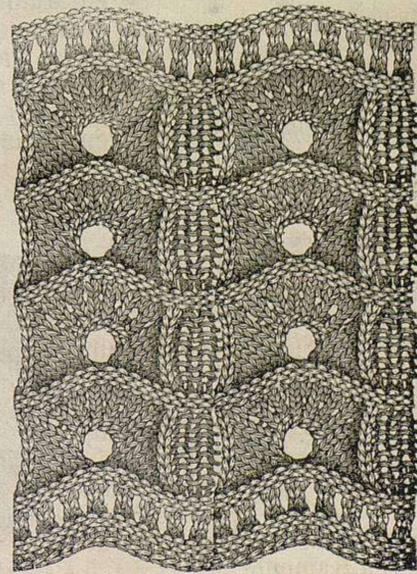
N.º 5. PUNTO DE AGUJA.

recho — 1 echado, — 5 al derecho. Vuélvase desde *.
 14.^a vuelta. — * 4 al revés, — menguado, — 1 al derecho, — 1 echado, — 6 al derecho. Vuélvase desde *.
 15.^a vuelta. — Como la 1.^a, luego sigase repitiendo todos los calados hasta que el borde tenga la altura conveniente, luego se concluye haciendo dos vueltas al revés.
 N.º 6. — (Número de puntos divisible por 16). — La orla estrecha del contorno exterior compónese primeramente



N.º 3. PUNTO DE AGUJA.

rior. Vuélvase desde *.
 8.^a vuelta. — * 5 al revés, — menguado, — 4 al derecho. Vuélvase desde *.
 9.^a vuelta. — * 5 al revés, — menguado, — 3 al derecho. Vuélvase desde *.
 10.^a vuelta. — * 5 al revés, — menguado, — 2 al derecho. Vuélvase desde *.
 11.^a vuelta. — * 5 al revés, — menguado, — 1 al derecho. Vuélvase desde *.
 12.^a vuelta. — * 5 al revés, — menguado. Vuélvase desde *.

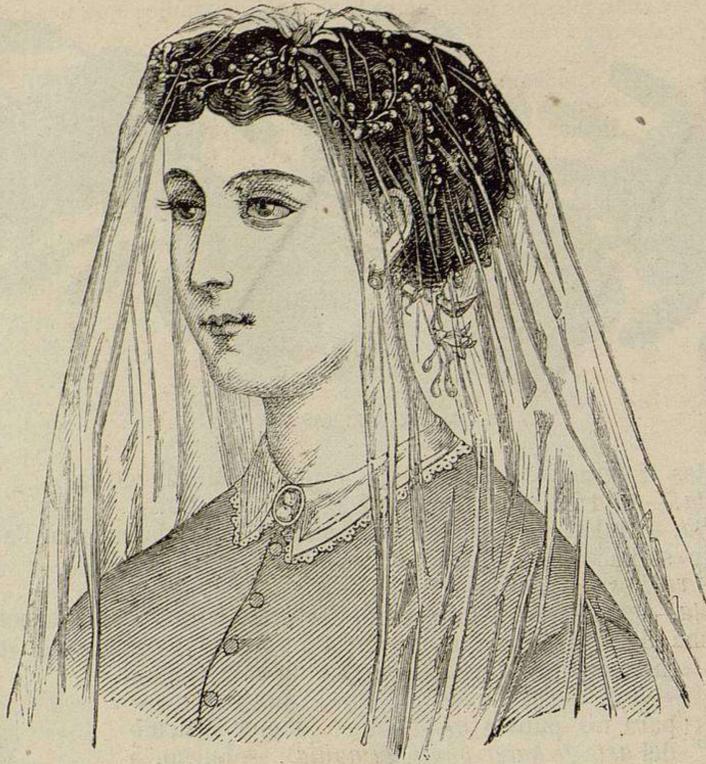


N.º 6. PUNTO DE AGUJA.

Aquí se termina una de las *figuras* del dibujo; la siguiente, igual á esta, pero contrapuesta, principia con la 13.^a vuelta, para la cual se hacen: 2 al revés,—1 echado,—1 levantado,—5 al revés. Se continúa consultando el dibujo y la explicacion que se acaba de dar.

Peinados de boda.

N.^{os} 1 y 2.—*Corona redonda de mirto y azahar.* El cabello de delante se peina detrás de la ore-



PEINADO N.º 4.

moslo así, un nuevo encanto.

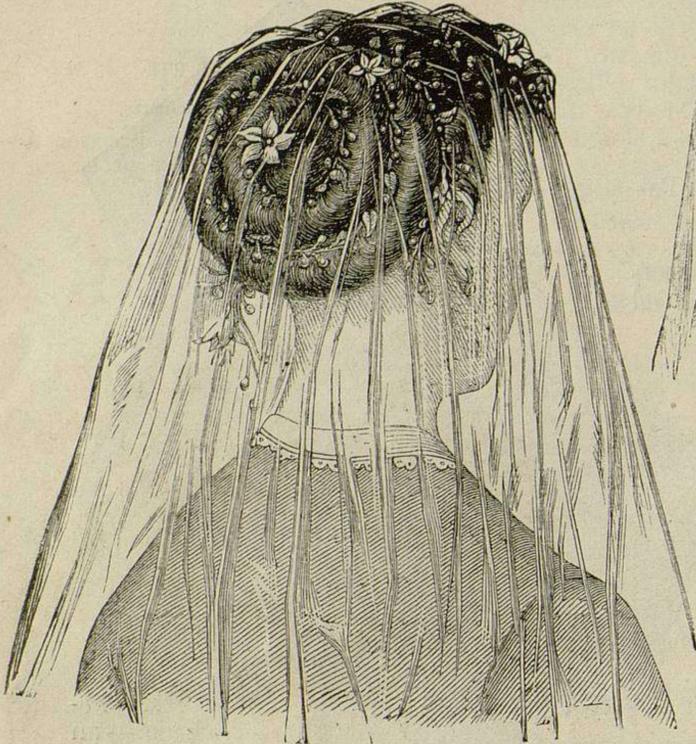
El secreto estaba cuidadosamente guardado en las profundidades de ese saco misterioso, donde se ocultan todas las cosas que no se saben.

Una mano curiosa ha tropezado con él, y sacándolo de la oscuridad de su escondrijo, ha dicho: Aquí está esto.

La mayor parte de las mujeres que leen estos renglones, al llegar aquí, llenas de impaciente curiosidad acudirán al espejo, buscando en él ese nuevo atractivo, ese nuevo encanto que poseian sin saberlo.



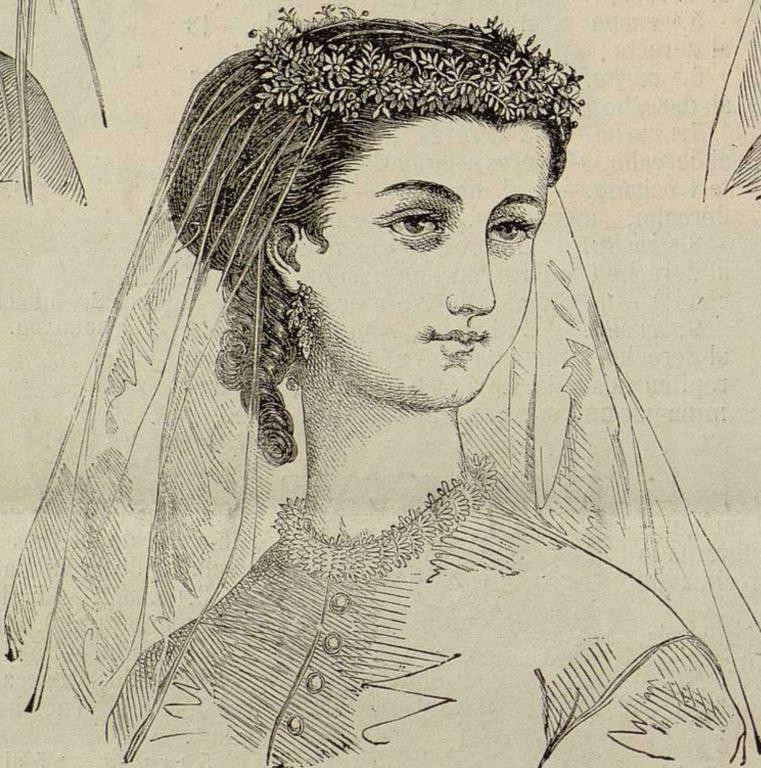
PEINADO N.º 2.



PEINADO N.º 3.

ja y termina en 2 bucles; la castaña está atravesada por una trenza.

N.^{os} 3 y 4. El cabello de delante se ondule y se sujeta detrás: el de detrás, arrollado sobre un *boa* (especie de cola de crepé), está dispuesto en forma de espiral; unos cordones de azahar serpean entre las masas de cabellos.



PEINADO N.º 1.

Examinarán atentamente las mas seductoras combinaciones de la mirada, probarán todas las actitudes, todos los movimientos, todas las sonrisas, y se apartarán del espejo, dirigiéndose á sí mismas esta pregunta íntima: ¿Qué será?

Después de una meditacion mas ó menos profunda, se darán una palmada en la frente: ya están en el secreto.

La moda infatigable ha producido alguna nueva y extraordinaria maravilla que hace irresistible para el corazon del hombre el imperio de las mujeres.

No hay duda; aquí hay alguna invencion maravillosa, algun adorno supremo que posee la doble virtud de realzar la belleza de las mujeres hermosas, y de ocultar las imperfecciones de las mujeres feas.

Aquí hay un vestido irresistible, un sombrero encantador ó un aderezo celestial que ha convertido de repente á la mujer en ángel.

Será esto?

Quizá no sea un capricho de la moda, tal vez sea un prodigioso paso de la ciencia.

Quizá no sea ni un vestido irresistible, ni un sombrero encantador, ni un aderezo celestial, acaso no sea mas que el prodigio de un cosmético.

¿Será posible?

Hay un hombre que ha descubierto la *Belleza eterna*; este hombre, que se llama Raynaud, ha participado al mundo civilizado su descubrimiento por medio de la imprenta.

La lengua del siglo va de pueblo en pueblo, de casa en casa, anunciando á las gentes que el señor Raynaud vende á dos reales el arte supremo de conservarse y embellecerse.

Hermoso hombre debe ser este.

Midamos toda la profundidad de esta maravilla.

Nada hay mas caro para los hombres que la belleza de las mujeres: la pagan á peso de oro, y muchas veces á peso de desdichas; pero ¡oh, felicidad! Raynaud vende la *Belleza eterna* á dos reales.

La naturaleza avergonzada debe huir y ocultarse en el último rincón de la tierra.

Ella otorga el don de la hermosura á su capricho, *gratis*, es verdad, pero apenas lo da cuando lo quita.

Hermosura fugitiva que deslumbra como la luz del relámpago, y que como el relámpago desaparece.

Hermosura cruel que se es-

Galones de cuentas.

Estos sirven para adornar trages, chaquetas, paletots: se ejecutan con cuentas y trencilla; los mas anchos deben hacerse sobre un pedazo de carton; en él se cosen los dos cabos de trencilla siguiendo los contornos indicados por el dibujo, luego se ensartan cuentas y se reúnen las dos

trencillas con arreglo á las disposiciones del dibujo.

N.^o 1.—*Galon de trencilla de seda negra*, cuentas blancas cretosas y cuentas negras.

N.^o 2.—*Enrejado de cuentas de cristal blancas*, y de cuentas negras ensartadas en algodón grueso blanco, trencilla blanca.

N.^o 3.—*Trencilla blanca* y cuentas blancas.

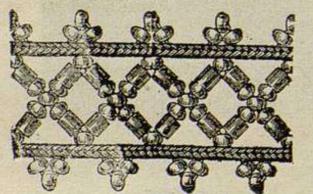
N.^o 4.—*Cuentas blancas de cristal y cañutillo blanco*. Se ensartan por separado las cuentas de cristal y el cañutillo, luego se reúnen



GALON N.º 3.



GALON N.º 4.



GALON N.º 5.

las dos bridas por un feston, para el cual se ensartan de cada vez 2 cuentas de cristal y un cañutillo.

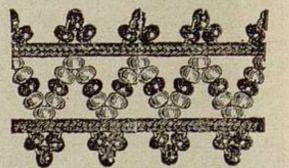
N.^o 5.—*Trencilla blanca*, cuentas blancas de cristal, y cuentas satinadas.

tas, cortadas en tul negro y bordadas con cuentas, tienen cada una 11 centímetros y medio de alto, por 6 de ancho en su borde superior. Por estas medidas se cortará un pedazo de papel, que servirá de patron para todas las puntas; se las circuye con un encage de 2 centímetros y medio de ancho, ligeramente fruncido, cosido con cañutillos de azabache; cada punta se adorna con cascabelillos de cuentas; uno mas largo va puesto en el intervalo que separa dos puntas. El cinturon se cierra por debajo de una escarapela hecha de encage y cuentas.

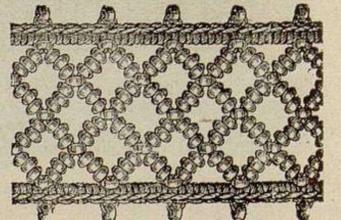
En el centro de la rosácea de este cinturon se fija una chapa de azabache, ó bien un boton tallado á facetas de azabache; lo demás del bordado se ejecuta con cuentas y cañutillos.

EL NUEVO ENCANTO DE LA MUJER.

El poderoso atractivo que esa bella mitad del género humano, que se llama mujer, ejerce sobre la otra mitad que se llama hombre, ha adquirido recientemente, digá-



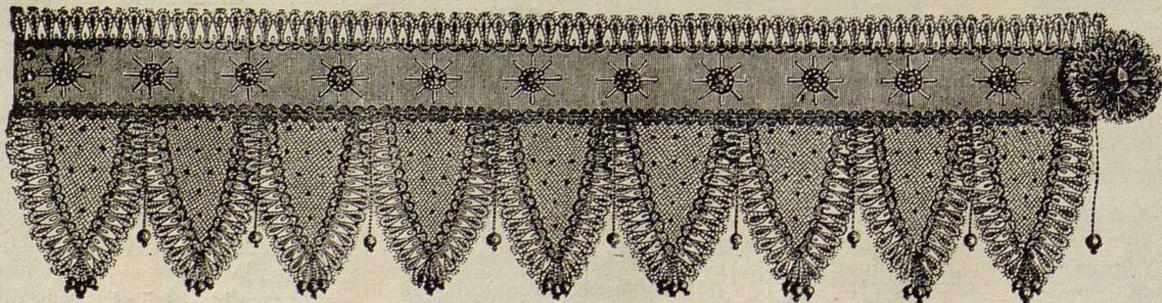
GALON N.º 1.



GALON N.º 2.

Cinturon de tafetan tul y encage.

El cinturon, hecho de tafetan ó cinta de reps negra, tiene 5 centímetros de ancho; se le guarnece por un lado con un encage fruncido de 2 centímetros y medio de ancho; se le borda con cuentas y cañutillos negros, con arreglo al dibujo. Las pun-



CITURON DE TAFETAN TUL Y ENCAGE.

capa precisamente cuando mas se necesita.

El señor Raynaud es mucho mas generoso que la naturaleza: da por dos reales una belleza eterna.

Las mujeres, embellecidas por el señor Raynaud, pueden decir ya sin escrúpulo y sin reparo: esta belleza es mia, como los demás decimos: ese es mi sombrero, este es mi reló, aquella es mi casa.

¿Será este el nuevo encanto que ha adquirido el atractivo de las mujeres?

Tampoco es este.

Ni á la moda, ni á la química, ni al arte del señor Raynaud deben las mujeres este famoso descubrimiento.

No consiste ni en la correccion del perfil, ni en la gracia de la sonrisa, ni en la dulzura de la mirada.

No consiste tampoco en el aire seductor de un lazo espiritual, ni en el color, ni en la figura, ni en los adornos.

Es un atractivo que no está en las mujeres, que está solo en la mujer, porque está en todas, y solo podemos encontrarlo en una.

Encanto singular, ellas mismas no saben que lo tie-

Las mujeres nos matan, pero hay una mujer que nos alarga la vida.

- Dónde está esa mujer?
- En todas partes.
- Cómo encontrarla?
- Donde quiera que haya una mujer, esa es.
- Será hermosa?
- O fea.
- Será rica?
- O pobre.
- Son todas?
- Es una.
- Una sola posee ese singular privilegio?
- No, lo poseen todas.
- Hé aquí una cosa incomprensible.
- Hé ahí una cosa matemática.
- Es un juego de palabras.
- Todo lo contrario, es una serie de hechos.
- Quién los sabe?
- La experiencia.
- Quién los cuenta?

Hé aquí un encanto con que ellas no contaban.
 Las mujeres matan.
 La mujer da la vida.
 Todas son mentira.
 Una es verdad.
 Todas son la locura ó el vicio.
 Una es el juicio y la virtud.
 Muchas son el placer.
 Una es la felicidad.

JOSÉ SELGAS.

OBRAR BIEN... QUE DIOS ES DIOS.

I.

La vertu est aussi une force.
Toullote.

La virtud es tambien una fuerza.

Saliendo del pueblo de *Dos Hermanas* en direccion á Sevilla, véñese á la izquierda olivares, que se prolongan



EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Trage de tafetan gris, guarnecido con un fleco de cascabellos de cristal, figurando una túnica, por fuera de la cual el trage está bordado de cuentas de cristal dispuestas en salpicado. El escote y las sisas se guarnecen del mismo modo.

Trage de debajo con corpiño montante y mangas ajustadas, hecho de cachemira verde, adornado con cuadros aplicados y bordados, de paño blanco y pa-

ño de muchas tintas. Trage corto cortado al sesgo en una tela á cuadros escoceses verdes, negros y azules. Este trage lleva coselete.

Enagua de debajo de tafetan azul vivo, con bordado de trencilla negra. Trage corto con paletot igual, recortado en forma de almenas ribeteadas con tiras al sesgo de tafetan negro. El trage es de popelina gris.

nen, y parecen como que están empeñadas en no querer tenerlo.

Fijemos por un momento la mirada, detengámonos un instante.

No hay nada que quite tanto la vida al hombre como las mujeres.

Todos dicen á todas: Juana, Emilia, Francisca, Nicolasa, Julia: yo me muero por tí.

¿Quién no ha oído y quién no ha dicho muchas veces: esa mujer me está matando?

Esa mujer es unas veces una, y otras veces otra, ó mas bien, eso lo dicen todos los hombres de todas las mujeres.

—¿Me quieres? pregunta la mujer.

Siempre que hace esta pregunta es que lo sabe.

El hombre contesta: no como, no duermo, no pienso, no vivo.

Eso lo preguntan todas y lo contestan todos.

Los hombres se pierden por las mujeres, se arruinan por las mujeres, se deshonoran por las mujeres, se mueren por las mujeres y se matan por las mujeres.

¡Las mujeres! hé ahí la muerte del hombre.

Pues bien, hé aquí el prodigio:

—Los números.

Abramos el arcano.

El doctor Stark ha leído á la Academia de Edimburgo una estadística; de ella resulta que los hombres casados viven por término medio veinte años mas que los solteros.

Y debe ser así.

El amante dice á todas las mujeres: «Por tí me muero.»

El marido dice á su mujer: «Por tí vivo.»

Dice el amante: mi esperanza, mis ilusiones, mi amor.

Y dice el marido: mi mujer, mis hijos, mi familia.

El amante dice: estoy loco.

El marido dice: estoy contento.

Soy feliz, exclama el amante.

Y exclama el marido: soy padre.

«Tú eres mi alma, tú eres mi vida, tú eres mi corazón,» dice el amante á todas las mujeres.

Y el marido solo puede decirle á una sola: «Tú eres mi mujer.»

Hé aquí una doble cuestion de moral y de higiene.

Y hé aquí el nuevo atractivo que ha adquirido el imperio que la mujer ejerce sobre el hombre.

en línea recta, y que al internarse, se alzan sobre un cerro dilatado aunque de poca altura. En la cima se halla escondido entre los olivares un antiguo castillo, que labraban los moros sobre aquel cerro, porque domina una extensa llanura. Hallábase no ha muchos años, y suponemos que aun hoy día se hallará, en el mismo estado en que lo tuvieron los árabes, sin mas variacion que haberse convertido en molino de aceite el local que probablemente fué cuadra, en trojes lo que sería almacén, y en estancia para trabajadores campesinos lo que sería cuartel de las tropas. Con estas variaciones, á favor de las cuales, del estado militar pasó al estado civil,—esto es, de castillo se convirtió en hacienda,—adquirió legitimamente el nombre de *Serrezuela*, que puede fuese el nombre de su conquistador cristiano, aunque no lo sabemos. Lo que sí sabemos, y nos interesa mas, es el nombre que le puso y conservó el pueblo extrajudicialmente en los archivos de la tradición, y fué el de *Castillo del último moro*.—Hé aquí el hecho que le valió el nombre.

En la época de la expulsion de los árabes, el caudillo que defendía el castillo nunca quiso rendirse ni capitular. Mucho tiempo se mantuvo encerrado entre sus muros de argamasa, como el león en su jaula de hierro. Todos

los días se le veía subir con sus compañeros á una de las cuatro torres que flanqueaban en sus ángulos el cuadrado castillo, para descubrir en la inmensa extension de terreno que abarcaba su vista, si le llegaba socorro de los suyos; pero en vano! El santo Rey los había ahuyentado á todos. Hecho el reconocimiento, bajaba, — si bien marchitas las esperanzas, — inmutables, firmes y lozanos los brios.

Poco á poco observaron los sitiadores aminorarse el número de los que le acompañaban, hasta que le vieron subir solo. Siguió impertérrito en su inspeccion diaria que hacia descolorido, caído de fuerzas, pero siempre entero de ánimo.

Un día no subió. En aquel día escalaron los cristianos los muros sin hallar resistencia. Al pié de la escalera de la torre encontraron armado, en pié y sin vida, al nunca rendido *último moro*.

Efectivamente, aquel castillo de argamasa aislado y oscuro, sin mas comunicacion con lo exterior que la puerta de entrada, flanqueado con sus cuatro torres coronadas de almenas, semejantes á pirámides de cementerios, parece un gran ataúd. Está estrechamente rodeado de olivos que le cercan apiñados, como para enterrarlo. Cual la del navegante, nada percibe la vista del que está dentro ó en su cercanía, sino una multitud de verdes copas de olivos, — semejante á la multitud de verdes olas de la mar, — y el cielo sobre su cabeza. La escalera, por la que subía el moro á la plataforma de la torre, está derruida, y no prestando utilidad, no ha sido reedificada. No siendo tampoco necesarios para las sencillas gentes campesinas que allí moran ninguno de los requisitos que sirven en los edificios labrados para ser cómodamente habitados, el *Castillo del último moro* permanece en el mismo ser y estado marcial, escueto y fuerte que tuvo, y es digna tumba del que lo defendió hasta su muerte.

¡No puede darse nada mas triste que ese resto tan intacto de un pasado tan desvanecido! Esa eterna existencia entre extraños, es melancólica en su inmovilidad; cual la del Judío errante en su incesante movimiento. ¿Qué sobrevive y queda de aquel hecho heroico? Una tradicion en boca del pueblo, que nadie escucha, y esa gran tumba de héroes sepultada entre olivos, sobre la cual las simbólicas ramas de estos estampan por solo epitafio: *¡Paz á los muertos!*

Parecía aquella morada comunicar algo de su gravedad y silencio á la familia del capataz que la habitaba. Era este un hombre austero; su mujer era callada, y sus hijos tímidos; *Vármen*, la mayor, que unía á su timidez juicio y dulzura, era bien querida en el lugar, en que hablando de ella, sellaban su elogio con decir segun la expresion del país, que era *arrimadita á la iglesia*.

En una ocasion acaeció que murió el guarda del olivar á tiempo de la cogida, lo que apuró tanto mas al capataz cuanto que era á la sazón mas necesario y mas difícil hallar quien le remplazara. Uno de los acarreadores de la aceituna, le propuso á un hombre que dijo ser muy propio para el oficio, y el capataz le admitió sin conocerle y sin saber sus antecedentes, en vista de la apremiante necesidad que de él tenía.

El nuevo guarda era un hombre, que sin ser mal parecido, repelia. Su tez tostada, sus espesas patillas, su adusta y altanera mirada, le daban, al decir de los trabajadores, «sombra» en la cara: sus modales bruscos y sus pocas palabras alejaron de él todas las simpatías. A poco se esparció una voz por el lugar, — una de esas voces, que parecen formarse en las nubes, y que llegan á tierra como aerólitos consistentes y compactos, — de que aquel hombre, que parecido al huracán, había venido sin saberse de dónde, ni á dónde iba, andaba á salto de mata, *prestado y forastero* en todas partes, para burlar á la justicia que le buscaba con objeto de echarle mano.

Vármen notó con sobresalto que cuando venia el guarda al castillo á las horas de las comidas, tenía fija tenazmente sobre ella su atencion. Era Vármen lo que suelen ser las que se clasifican de *arrimadas* á la iglesia, opuestas á que se ocupasen de ella. Su vestir era con extremo aseado y primoroso, pero rigurosamente sencillo; la ropa que llevaba era basta, pero limpia; cuidadosamente remendada, pero sin adorno alguno; su cabello estaba siempre alisado y recogido; pero nunca adornaban flores su cabeza. Las flores de los jardines quieren las brisas de la primavera para ostentarse; en las cabezas de las mujeres, quieren las alegrías, que no todas tienen, ¡ni aun en la juventud! Así es que como el agrandar á los hombres no se lo pedía su vanidad, ni agrandar á aquel se lo pedía su corazón, puso todo esmero en evitar su presencia.

Una mañana estaba Vármen en el patio, lavando en una media tinaja empotrada en un poyo adherente al pozo; á su lado estaban jugando sus hermanas y los hijos del manijero. Vármen no prestaba atencion ni á sus juegos ni á lo que decían: en cuanto á nosotros, no podemos pasar cerca de un grupo de niños sin detenernos á observarlos. En ellos se encuentra la gracia sin afectacion ni pretensiones, la que sin buscarlo, halla el agrado; gracia inocente cual ellos, y por tanto llena de encanto y de simpatía.

—Mariquilla, dijo la niña del manijero:

Quando baja rie, cuando sube llora;
¿A que no me lo aciertas en una hora?

—Yo no sabo, contestó la interrogada, que era la menor y mas mimada de las hermanas de Vármen.

—Qué tontona eres! Es el carrillo.

—Chacha, (1) dijo Mariquilla altamente ofendida. Josefito me dice tontona.

—Vamos, no reñir, intervino Vármen; á cantar como

los pájaros, á ver si os crecen alas.

Las chiquillas uo se hicieron de rogar y la una cantó:

En un cuerno de la luna
He puesto á mi corazón,
Para que no se lo lleve
Un gato que es muy ladrón.

—No dice *gato*, que dice *niño*, observó otra mayorcita.

—*Gato*, afirmó la cantadora; que los niños no son ladrones.

—¿Que no? Tu hermanito dichoso me robó á mí tres bellotas.

—Eso era de chancilla.

—¡Caramba con las chancillas! Tiene tu hermano la gracia, lo mismo que las avispas; por detrás y que duele.

—Y el tuyo es mas feo que el *Carlenco*.

—Yo sé el cuento del *Carlenco*, observó otra.

—Quién te lo contó?

—Mi abuela, que sabe mas de mil.

—Anda, Catanilla, cuéntalo.

La interpelada estuvo muy dispuesta, y todas se pusieron á escucharla con gran atencion; y nosotros con ellas.

II.

EL CARLANCO.

CUENTO POPULAR INFANTIL.

Era vez y vez una cabra, muy mujer de bien; que tenía tres chivitas, las que había criado muy bien, y metiditas en su casa.

En una ocasion en que iba por los montes, vió á una avispa que se estaba ahogando en un arroyo; le alargó una rama, y la avispa se subió en ella y se salvó. — ¡Dios te lo pague! que has hecho una buena obra de caridad, le dijo la avispa á la cabra. Si alguna vez me necesitas, vé á aquel paredon derrumbado, que allí está mi convento. Tiene este muchas celditas que no están enjalbegadas, porque la comunidad es muy pobre, y no tiene para comprar la cal. Pregunta por la Madre abadesa, que esa soy yo, y al punto saldré y te serviré de muy buen agrado en lo que me ocupes. Dicho lo cual, echó á volar cantando maitines.

Pocos días despues les dijo una mañana temprano la cabra á sus chivitas:—Voy al monte por una carguita de leña; vosotras, encerraos, atranca bien la puerta, y cuidado con no abrir á nadie; porque anda por aquí el *Carlenco*. Solo abrireis cuando yo os diga:

Abrid, hijitas, abrid!
Que soy la madre que os parí.

Las chivitas, que eran muy bien mandadas, lo hicieron todo como se lo había encargado su madre.

Y cate V. ahí que llaman á la puerta, y que oyen una voz como la de un becerro, que dice:

Abrid, que soy el *Carlenco*!
Que montes y peñas arranco.

Las cabritas, que tenían su puerta muy bien atrancada le respondieron desde adentro:

Abrela, guapo!

Y como no pudo, se fué hecho un venent, y prometiéndoles que se la habían de pagar.

A la mañana siguiente fué y se escondió, y oyó lo que la madre les dijo á las chivitas, que fué lo propio del día antes. A la tarde se vino muy de quedito, y arremedando la voz de la cabra, se puso á decir:

Abrid, hijitas, abrid!
Que soy la madre que os parí.

Las chivitas, que creyeron que era su madre, fueron y abrieron la puerta; y vieron que era el mismísimo *Carlenco* en propia persona.

Echáronse á correr, y se subieron por una escalera de mano al sobrado y la tiraron tras sí; de manera que el *Carlenco* no pudo subir. Este, enabiado, cerró la puerta, y se puso á dar vueltas por la estancia, pegando unos bufidos y dando unos resoplidos, que á las pobres cabritas se les helaba la sangre en las venas.

Llegó en esto su madre que les dijo:

Abrid, hijitas, abrid!
Que soy la madre que os parí.

Ellas desde su sobrado, le gritaron que no podían, porque estaba allí el *Carlenco*.

Entonces la cabrita soltó su carguita de leña, y como las cabras son tan ligeras, se puso mas pronto que la luz en el convento de las avispas, y llamó.

—Quién es? preguntó la tornera.

—Madre, soy una cabrita para servir á V.

—¿Una cabrita aquí? en este convento de avispas, descalzas y recoletas? vaya! ni por pienso. Pasa tu camino, y Dios te ayude, dijo la tornera.

—Llame V. á la Madre abadesa, que traigo prisa, dijo la cabrita; si nó, voy por el avejaruco (1) que le ví al venir para acá.

La tornera se asustó con la amenaza, y avisó á la Ma-

dre abadesa, que vino, y la cabrita le contó lo que pasaba.

—Voy á socorrerte, cabrita de buen corazón, le dijo, vamos á tu casa.

Cuando llegaron, se coló la avispa por el agujero de la llave, y se puso á picar al *Carlenco*, ya en los ojos, ya en las narices, de manera que lo desatentó, y echó á correr que echaba incendios; y yo

Pasé por la cabreriza,
Y allí me dieron dos quesos;
Uno para mí, y el otro
Para el que escuchare aquesto.

III.

Apenas concluía la contadora su cuento, cuando entró el guarda, que sin decir palabra, se acercó á ellas, puso su escopeta á su lado, se apoyó en el pilar del pozo, y se puso á picar un cigarro. Vármen se sintió desconcertada y fatigosa con la presencia de aquel hombre, que la repelia, y tuvo deseos de alejarse. Pero por un lado no tenía pretexto para hacerlo, sin faltar á esa urbanidad innata, pasada á deber y costumbre en el pueblo; y por otro, le urgía concluir lo que estaba haciendo.

Al cabo de un rato, y como para entrar en conversacion, llamó el guarda á Mariquilla; pero esta, en lugar de acudir, se refugió al lado de su hermana, y se abrazó á sus faldas, en cuyos pliegues desapareció su diminuta persona, sin que de ella se percibiese mas que su carita, que miraba con ceño y desconfianza al que la había llamado.

—Esquiva! dijo el guarda; ¡eso es de casta!

Vármen permaneció callada.

—Oiga V., prosiguió su interlocutor: no es de ahora que noto yo que me huye V. la cara.

—No huyo la cara ni á V. ni á nadie, contestó Vármen; pero no soy amiga de dar conversacion á los hombres.

—Ni yo de sembrar para no coger; ¿está V., Vármen?

—Pues para eso, mire V. antes en la tierra que siembra; que tierra que sirve para viña, no sirve para olivar, contestó Vármen.

—¿V. me desprecia á mí?

—No señor, yo no acostumbro á bajar á nadie de su estado.

—Pues ábrame V. la ventana esta noche, que tengo que decirle.

—Yo? no señor: yo no abro mi ventana.

—A otro se la abrirá V.

—No señor; ni al lucero del alba que viniese con una torta en la mano.

—Pues por eso digo, que en cambio de mi voluntad que le he dado, me da V. un desprecio.

—Yo no desprecio á V.

—Pero no quiere dar oídos!

—Eso no, ni pasarse, ni llegarse.

—Si no es hoy, mañana será; ó he de poder poco.

—Señor, exclamó azorada y ofendida Vármen. No es prima V. tanto la naranja que amargue el zumo; y déjese andar tras de aquello que no ha de alcanzar.

—A carrera larga nadie escapa; repuso el guarda, cogiendo su escopeta y alejándose.

La pobre Vármen quedó atribulada; y al domingo siguiente, cuando fué al lugar, le contó al cura, que era su confesor, lo que le había pasado con el guarda, y tenía perturbado su ánimo, hasta entonces tan sereno.

El cura, sin tener un talento sobresaliente, ni una santidad que llamase la atencion, era uno de esos sacerdotes, cuyo carácter, inclinaciones, estudios, educacion, ocupaciones y hábitos los hacen perfectamente aptos para el desempeño de su ministerio. Con él estaba hacia muchos años tan identificado el cura, que unido esto al conocimiento individual que tenía de cuantos componian su rebaño, le hacian un Pastor modelo. Hemos dicho «modelo», y no «ideal», porque los ideales son escasos. Por esto se haria mal en no apreciar lo que es muy bueno, solo porque no llega al apogeo ó ideal de la perfeccion, en vista de que esto solo lo hallamos, en realidad, en la vida de los entes privilegiados que han merecido el dictado de Santos, y ficticiamente en las creaciones de los poetas, que hacen bien en presentarlo para enaltecer á la humanidad, pero que harian mal si lo presentasen para desprestigiar y deprimir aquello que no se eleva á tanto.

—No te inquietes, ni temas, le dijo el Cura, pues no tienes por qué; que culpa no tiene quien hace lo que debe. Y tú lo que debes hacer, es no dar oídos á ese hombre.

Al domingo siguiente volvió á hablarle al Cura, mas asustada, mas acogojada aun, y le dijo que el guarda la perseguía y hostigaba con su amor, de manera que no la dejaba vivir, y hasta había llegado á amenazarla, si se mantenía en no darle oídos.

—Sosiégate, hija, y no temas, la contestó el Cura. Todas esas son tretas de que se valen los hombres para perder á las inocentes como tú: «Obra bien... que Dios es Dios.»

Al tercer domingo, la pobre jóven se mostró mas afligida y atemorizada que nunca; la obstinacion del guarda, su vehemencia y sus amenazas, la hacian temer una desgracia si le exasperaba mas con sus negativas.

«Haz lo que debas y suceda lo que suceda.»—Así terminó el Cura los consejos paternales que le dió para que siguiese impávida en la senda de la virtud.

A los pocos días, habiendo salido Vármen al olivar, para buscar una gallina que se había extraviado, se presentó de repente á su vista el guarda. Vármen asustada se volvió presurosa dirigiéndose hácia la hacienda.

—Huyes? le dijo su perseguidor. ¡Huyes de mí, porque te acusa la conciencia!

(1) Chacha llaman los niños del pueblo á su hermana mayor.

(1) Pájaro que se come las avispas.

—¿La conciencia? contestó Vármén. «Culpa no tiene quien hace lo que debe.»

—¿Tú te has parado á considerar,—prosiguió el guarda,—lo que es, y lo que puede resultar de exasperar á fuerza de desprecios á un hombre como yo? ¿Tú sabes de lo que soy capaz? Sabes que puedo perderte?

—«¡Obrar bien... que Dios es Dios!» contestó Vármén con la calma propia en el momento de las grandes crisis.

—Vármén! por última vez... ¿me desechas?

—Sí, contestó Vármén con la palidez del pavor en el rostro, y la firmeza del buen propósito en el acento.

—Pues sábetelo, ingrata, que en su vida, este á quien ofendes, ha dejado hueco entre el agravio y la venganza que eso en la sangre lo tengo, y lo mamé con la leche que me crió.

—Y yo, con la buena enseñanza cristiana que he mamado, tengo en el alma este otro propósito: «Haz lo que debas y suceda lo que suceda.»

—Hola! ya caigo! dijo con concentrada ira el guarda. El que te dirige es el Cura. A ese, á ese, es al que debo tus repulsas, que no he podido vencer, tus desdenes que no he podido desarmar, tu dureza que no he podido ablandar! ¡Pues él pagará por él y por tí! Mañana me voy, no volverás á verme: ¡pero por estas que me afeito, que te acordarás de mí mientras memoria tengas!

Diciendo esto, el guarda se alejó rápidamente, y desapareció entre los olivos.

A la mañana siguiente, vió el Cura entrar en su casa á Vármén, la que deshecha en lágrimas le refirió lo que le había pasado

—No te apures, hija, le dijo cuando hubo concluido de hablar: esos son espumarajos del coraje, que cae cuando la razon vuelve á adquirir su imperio.

—Padre, no le conoceis! repuso sollozando Vármén,—es un desalmado. ¡No salgais, por Dios, mañana; que os va á matar!

—Sosiégate, hija, que vá mucho de hacer una amenaza á cumplirla.

—Padre, repitió acongojada Vármén, no le conoceis; tiene echada el alma atrás, y cumplirá la amenaza: lo ha jurado!

—Pues, hija, refuso el Cura, «haga yo lo que deba, y haga Dios lo que quiera.»

IV.

Del lado opuesto del pueblo se extiende un pinar, al que se llega por un prado de roja arena, que cubre un césped tan corto y espeso, que parece lo ha tejido la naturaleza para avergonzar á los tejedores de las mas afamadas alfombras. En los parages mas bajos y húmedos en el tiempo de las lluvias, este césped se vé salpicado con tal profusion de pequeñas margaritas blancas, miniaturas de esta bella especie, las que componen las once mil Vírgenes del paraíso de Flora. Por los parages secos, crece, cercana á la tierra, una flor pequeña, que lleva el nombre de «flor de la abeja,» nombre bien apropiado, porque esta florecita tiene con pasmosa exactitud la forma y colores de dicho animalito. No parece sino que habiendo bajado á descansar—si es que esa laboriosa é incansable colectora de miel busca jamás descanso,—se ha posado sobre un tallo, y ha quedado adherida al reino vegetal, por hechizo de algun maléfico gnomo. Dan impulsos de traer á aquellos parages una colmena, para probar si la vista del hogar doméstico las hace romper el encanto que las tiene convertidas en pequeñas y mudas estatuas. Pudiérase pensar que eran las flores que lo habian exigido de Flora, para dar á las abejas este castigo, semejante al que recibió la mujer de Lot; si fuese dable atribuir á las flores deseos de venganza, ni resentimiento porque gozasen otros de la miel de su corazón. Pero no lo es; ellas que expenden con profusion y entregan al inconstante aire su perfume con loca prodigalidad,—porque saben que tienen para dar y que les quede,—no pueden ser avaras. Es esta flor la singularidad mas peregrina que hemos visto. Tiene además la de ser incultivable; todos los ensayos que se han hecho con este fin han sido infructuosos, lo que nos confirma en nuestro primer aserto de que ese fenómeno es un hechizo del maligno gnomo de aquel rojo arenal.

La naturaleza, no contenta con extasiarnos con sus obras maestras, se complace á veces en admirarnos, ya con sus encantadores caprichos, ya con misterios llenos de alto sentido. ¡De cuántos modos nos llama Dios á adorarle en sus obras! Oid el himno que entonan, todos esos susurros, todos esos sonidos que no comprendemos, y que en diferentes tonos, ya graves, ya alegres, ya dulces, ya austeros, difunde el aire, el agua, el fuego, las plantas, todo lo que creemos inanimado! Oid atentos y os convencereis de que dicen: «¡venite, adoremos!»

Aquel pinar era el sitio en que indefectiblemente paseaba el Cura todas las tardes.

Aquella á la que habia precedido su conversacion con Vármén, salió como de costumbre tenia.

Cuando se hubo internado en el pinar, vió de repente salir de entre la enramada al guarda que traia su escopeta, el cual, parándose á corta distancia, se la echó á la cara, clavando en él sus ardientes y amenazadores ojos.

El cura se paró igualmente; pero con ánimo tan sereno, que al mirar al que le amenazaba, su rostro solo expresaba la mas completa calma, y la mas pura dignidad. Un rato se estuvieron fijando ámbos, inmóviles y en silencio: lentamente se inclinó hácia tierra la direccion de la escopeta del guarda, que en seguida bajó sus ojos, y despues de un momento de indecision, dijo con honda voz:

—Vaya V. con Dios, Padre! y desapareció bruscamente en la espesura.

—¡Dios bendiga tu primer paso en la senda del bien, hijo!—repuso en ríca y conmovida voz el Cura,—y salve tu alma, que pierdes entregándola á tus malas pasiones!

Si esta bendicion llevó su fruto, se ignora; pues nunca se volvió á saber de aquel á quien fué aplicada.

NOTA.—Este sucedido tan pequeña cosa en el hecho y tan grande en su significacion, fué comunicado con la mas sincera sencillez, al que lo ha referido, por el mismo cura que en él actúa, que lo relataba con el solo objeto de probar que el hombre no cumple tan fácilmente como lo concibe, un mal propósito.

FERNAN CABALLERO.

EL GENIO.

Astro sublime de un mundo al que no podemos ver, mas que de tus rayos ígneos al prismático través: espíritu que has nacido en un misterioso eden para revelar al hombre la grandeza de su ser: tú del templo de la gloria te páras en el dintel, mostrando en la excelsa mano roto el cetro de la ley. Tu clarín vibró en los aires, hizo al mundo estremecer, y te escuchó entusiasmado, y te veneró con fé, y oyó brotar de tu cáuce la gran fuente del saber en la cítara de Homero, en el cinnor de Moisés. Te abrió la naturaleza su magnífico dosel, y se vieron en el lienzo jardines aparecer; y mares llenos de espuma, en cuyo golfo se ven romperse las verdes ondas en la prora del bajel; y capullos entreabiertos bañados de rocicler, y racimos como el oro de flores en un vergel. A tu voz las armonías se agruparon en tu sien, y mil pueblos te arrojaron sus coronas de laurel. Soñaste con la escultura, y por la primera vez obedecieron las piedras á la magia del cincel. Has inventado un infierno donde hemos visto, á través del reflejo de las llamas los encantos del eden. Tú lloras de los sepulcros bajo el lúgubre ciprés, entusiasmas en la guerra, conmueves en la mujer. Eres profundo en Atenas, eres grandioso en Balbek, enamorado en Italia, profético en Israel. ¡Salve, Génio! ¡que te acaten las naciones como rey y los siglos admirados se arrodillen á tus piés!

Habana.

JULIA PEREZ MONTES DE OCA.

RECUERDOS JUVENILES.

POR ENRIQUE CONSCIENCE.

(CONTINUACION.)

I.

En aquella época reunida Bélgica á Holanda con el nombre de reino de los Países Bajos, obedecía á un solo soberano. Este estado de cosas duró desde 1815.

Pero poco á poco se despertó cierta rivalidad entre ambas naciones, y en el seno de las Cámaras legislativas, los representantes belgas oponian una resistencia obstinada al gobierno, que guiado por una imprudente parcialidad; reservaba casi exclusivamente á los holandeses las ventajas que podian resultar de la reunion de ambos pueblos; viniendo á atizar la discordia vivos debates sobre las libertades proclamadas por la ley fundamental y sobre la religion.

En cuanto á mí, yo no sabia nada de lo que pasaba en las regiones de la política: jamás cayó un periódico en mis manos, y por otra parte durante muchos años las disputas y luchas parlamentarias no tuvieron otro objeto aparente que refrenar la injusta superioridad atribuida á las provincias del Norte sobre las del Mediodía.

Pero cuando en julio de 1830 llegó á Bélgica la noticia de que el trono de los Borbones habia caído en Francia por una insurreccion triunfante, la palabra *libertad* se re-

pitió con entusiasmo alto ó bajo, aun en las escuelas.

Verdaderamente, esta palabra no tenia un sentido preciso y determinado para mi inteligencia. La libertad para mí era el medio de sustraerme de la obediencia de mi madrestra; la libertad era la posibilidad de hacer mi entrada en el mundo como hombre y no permanecer mas en el estado de niño, doblado bajo el peso de la vergüenza y las humillaciones...

Aquella palabra, no decia mas á mi alma, y sin embargo hacia subir la sangre á mi cerebro, levantaba mi cabeza inclinada, dilataba gozosamente mi pecho; ensanchaba de repente mi horizonte, descubrian mis ojos deslumbrados un porvenir vago indudablemente, pero sí mas vasto y bello que el de antes.

La revolucion estalló en Bruselas la noche del 25 de agosto de 1830; la fuerza armada fué expulsada de la ciudad, y la antigua bandera de Brabante con sus tres colores fué izada en señal de triunfo en la torre de la municipalidad. El 23 de setiembre se acercó á Bruselas el príncipe Federico de los Países Bajos á la cabeza de un ejército de diez mil hombres, y ocupó el parque contiguo al palacio real.

Entretanto venian de todas las provincias numerosos insurrectos, acudian á la capital especialmente de la parte walona del país, y aun cuerpos enteros de voluntarios franceses llegaban á Bruselas. Habíase decidido hacer frente á las tropas del príncipe Federico.

Despues de un combate encarnizado que duró tres dias consecutivos, el ejército holandés se vió obligado á batirse en retirada y tomó el camino de Amberes, cuya fuerte ciudadela, mandada por el anciano general baron Chassé, le ofrecia un sólido punto de apoyo. Los holandeses fueron seguidos muy de cerca por los voluntarios de Bruselas, y de diferentes combates dados en Duffel, Lierre y Waelhem, se vieron obligados los primeros á precipitar mas su retirada.

Amberes no habia tomado parte aun en la insurreccion, aun cuando los espíritus estuviesen poseidos de una viva agitacion. El instituto de M. Dehis, donde ejercia las funciones de pasante, estaba cerrado como los demás establecimientos de instruccion; yo me hallaba en Borguerhout con mi padre, corriendo diariamente desde la mañana á la noche, para recoger cuantas noticias se decian por las calles; aspirando á la libertad prometida, por mas que no comprendiera cómo podia contribuir á cambiar mi posicion.

Una mañana que estaba en el campo con mi hermano, oímos de repente el sordo zumbido del cañon.

Un grito de júbilo se escapó de mi corazón y gritamos llenos de entusiasmo:

—¡Los belgas! ¡ahí están los belgas!

Y sin saber lo que hacíamos, nos dimos á correr con todas nuestras fuerzas en direccion del pueblo Berchem, de donde parecia venir el ruido de la artilleria.

Apenas habíamos franqueado el puente de la calzada de Herenthals, cuando vimos no lejos de nosotros elevarse hácia el cielo la humareda de un gran incendio en espesas nubes, tras una cortina de hayas y árboles. Un anciano, una mujer y una joven pasaron corriendo á nuestro lado y lamentándose; cada uno de ellos llevaba una vaca de una cuerda y se esforzaba con mil exclamaciones hijas del espanto, á acelerar la marcha de aquellos animales. Estaban tan poseidos de espanto, que se arrojaron al agua por una parte del rio en que era poco profundo; sacaron sus bestias á la otra orilla, y como si fueran perseguidos, huyeron en direccion de Borgerhout.

Esta escena llamó por un instante nuestra atencion; pero en seguida nos pusimos en camino y nos acercamos por fin al foco del incendio.

Era en Zurenberg, entre Borguerhout y Berchem, y estaba ardiendo una gran heredad; las granadas y bombas lanzadas por los belgas le habian causado. El establo estaba ya completamente consumido por las llamas, y en medio de las ruinas del techo de paja que le habia cubierto, yacian los cuerpos medio carbonizados de una docena de vacas, reconcentrándose aun el elemento destructor bajo aquellos restos.

Allí encontramos á algunos soldados holandeses ocupados en cortar de los cuerpos de las bestias muertas por el fuego, trozos de carne que devoraban á dentelladas. Mi hermano y yo gustamos de aquellas viandas poco apetitosas, en las que hallamos el amargo de la hiel mezclado con un gusto espantoso de paja quemada.

Como yo parecia un niño, aunque mi hermano era mas joven que yo, los holandeses nos dejaron aproximar sin desconfianza al incendio. Uno de ellos nos aconsejó sin embargo, amistosamente, dejásemos aquel sitio, porque corriamos el riesgo de perder la vida; pero nosotros la echamos de héroes, y precisamente porque nos instaban á partir.

De cuando en cuando algun obús mandaba á la heredad quemada algunas granadas, y oíamos millares de tiros: que nos probaban que los dos ejércitos estaban peleándose, pareciendo empeñado el verdadero combate hácia el lado de Berchem.

En aquella hora fatal era cuando caia herido mortalmente en las filas de los belgas el joven y heróico conde Federico de Merode...

Una granada cayó en un campo no lejos de donde estábamos y se enterró cerca de dos piés en el suelo, y á imitacion de los soldados holandeses nos echamos en tierra esperando la explosion del proyectil. Despues de mucho tiempo se levantaron los soldados: y oí decir que la espoleta de la granada estaba apagada. Nos aproximamos al punto en que habia caído, y yo la desenterré con mis propias manos.

La posesion de la granada me enorgullecí en extremo, y cogiendo en brazos el proyectil fratricida, me planté delante de los soldados holandeses, con la cabeza erguida,

como si todos y cada uno hubiera debido admirar mi bravura. Los holandeses parecieron prestar poca atención á mí y á mi granada, y situados en aquel momento detrás de las tapias humeantes de la heredad con el fusil cargado, parecían escuchar con inquietud un ruido lejano que parecía espantarles.

De repente oímos un tambor que tocaba á la carga á espaldas de un monte tallar bastante lejano, é inmediatamente despues vimos desplegar-se á alguna distancia un tropel de hombres vestidos con blusas azules.

Eran los belgas que acometían, en medio de un vivo fuego de fusilería, aquella avanzada de los holandeses.

Nuestros soldados, escasos en número para resistir, abandonaron la posesion precipitadamente, y al verlos huir nos llenamos de miedo. Mi hermano y yo, con mi granada siempre debajo del brazo, nos alejamos de la heredad á todo correr y llevamos á Borgerhout la noticia de la victoria de los belgas.

En efecto, los belgas habían salido vencedores en el combate de Berchem; las fuerzas holandesas se habían retirado á los muros de la ciudad.

Al medio día se instaló en el arrabal y pueblo de Borgerhout una partida de voluntarios belgas, despues de haber presentado sus boletas de alojamiento. Nosotros recibimos en nuestra casa á dos jóvenes de Bruselas que no cesaban de extasiarse con la probable victoria.

El uno de ellos no tenía mas de dos años mas que yo: había sido tambien pasante en Bruselas, y sus ideas se armonizaban bastante con las mías. Desde aquel día fué mi amigo. Le seguí á todas partes; permanecí á su lado, aun cuando iba á apostarse no lejos de las murallas de la ciudad para tirar á los soldados holandeses detrás de una barricada, exjuesto á una granizada de balas de fusil vizcaino, y no le dejaba sino cuando volvía conmigo al hogar paterno.

Cuando se reunían los belgas (que así se los llamaba) en crecido número, sus filas ofrecían un espectáculo bastante extraño, del que hoy no puede formarse una idea. El uniforme adoptado se componía de una blusa azul guarnecida en el cuello y las mangas con una estrecha lista encarnada, y de una especie de gorra como la que usan los agentes de policía, guarnecida de piel, y cuya parte superior caía en punta. Los oficiales y sargentos se distinguían por un lazo de cinta tricolor que llevaban en el brazo.

Pero la mayoría no estaba vestida de este modo, pues los demás llevaban trajes y vestidos de todas clases, viéndose destacarse acá y allá entre los fraes, casacas y blusas grises el uniforme de un soldado holandés con dolman de úsar, abundando entre los voluntarios los sombreros, casquetes, schakós, colbaks y aun gorras de algodón con rayas encarnadas.

El armamento de estos hombres era casi lo mismo. Aquellos cuyos recursos personales les permitían equiparse á su gusto, llevaban la blusa azul ya mencionada, de tela mas fina, y la gorra; unas polainas de cuero atacadas con botones blancos cubrían sus piernas hasta la rodilla, y sus armas eran magníficas escopetas de dos cañones, cinceladas; el sable de oficial de hoja encorvada y vaina de acero con colgantes formaba parte de su equipo, que se completaba con un cinturón provisto de dos grandes pistolas de dos tiros.

Mas de quinientos había equipados de esta suerte, pero los demás llevaban en su mayor parte las armas halladas en los cuarteles y almacenes holandeses, ó arrancadas á los prisioneros de guerra y desertores, una gran parte de ellos no tenían mas que una escopeta enmohecida, las mas veces sin gatillo, un sable, una pica, una bayoneta ó un simple palo de escoba.

Los hombres no eran de origen menos diverso que las piezas de su equipo: en todo grupo de voluntarios, por poco numeroso que fuese, se podían oír los dialectos de todas nuestras provincias, y aun conocer por su lenguaje á los franceses y alemanes.

Do quiera que los voluntarios se hallaban reunidos, cantaban sin descanso, y aun desde lejos se oían repetirse por los aires los dichos agudos que les inspiraba su marcial

buen humor. Repetíase muchas veces la *Brabantona*; pero con mas frecuencia aun la *Parisiense* de la última revolución francesa.

La *Marsellesa* se cantaba raras veces. Todos estaban desaliñados y cubiertos de lodo, y parecían orgullosos del mal estado de su traje, guardándose bien de quitarse el polvo que ennegrecía su rostro. A algunos he visto frotarse los labios con polvo mojado para tomar un aspecto mas formidable.

Jamás hubieran podido penetrar en la plaza por sus propias fuerzas los voluntarios belgas, estando sólidamente fortificada; pero mientras ellos soltaban tiros de lejos contra las murallas y perdían inútilmente algunos hombres bajo la metralla y tiros de fusiles vizcainos de los holandeses, en Amberes mismo estalló la insurrección.

Al día siguiente por la mañana me hallaba con mi amigo el de Bruselas en Saint-Willibrord, no lejos de la barricada formada cerca de la ciudad, junto al salón de baile llamado la *Manzana de oro*. Durante toda la noche se oyó resonar en la ciudad un vivo fuego de fusilería, y en aquel mismo momento continuaba sin interrupción.

Yo tenía una pistola de arzon que había pertenecido en otro tiempo á un dragon francés, y que me había encontrado en la casa: me hallaba entre los belgas; hablaba de la patria, como si hubiese tomado parte en todos los combates de Bruselas, Walhen y Berchem. Nadie reparaba en ello, porque era imposible se conociesen unos á otros en una reunion de hombres procedentes de todas partes.

Un oficial superior se había alojado sin duda en casa de mi amigo Juan Delaet, porque á cada instante veía entrar y salir gentes con cartas, y últimamente, cuando se difundió la noticia de que los de Amberes se habían apoderado de dos puertas de la ciudad, se dió la señal de tocar llamada, y á lo que me pareció, partió de casa de Delaet.

Cuantos belgas se hallaban en nuestro arrabal se reunieron precipitadamente, y aquella tropa desordenada se puso en marcha hácia la ciudad á banderas desplegadas. Mi amigo el bruselense era temerario si los había, y aunque no sabíamos aun cómo seríamos recibidos, se empeñó en colocarse en primera fila; yo no le abandonaba un instante, y llevando en mi mano ya cansada mi pistola de arzon, eché á correr á su lado dando gritos de alegría.

Cuando llegamos al puente levadizo, vimos aun hácia la puerta de Borgerhout algunos soldados holandeses que entraban en la ciudadela. Sin embargo de todo, penetramos en la ciudad sin encontrar seria resistencia, siendo acogidos por las aclamaciones de los amberneses armados que habían obligado á retirarse á los holandeses.

A poca distancia de la puerta y en la esquina de la calle de *Meulenbergh* estaba parado un grupo de mujeres que gritaban llenas de entusiasmo: ¡Vivan los belgas! Parecían ébrias ó locas. Al verme una de ellas, flaca y vieja, mi aspecto juvenil la inspiró probablemente un sentimiento de admiración ó compasión, porque lanzándose hácia mí con los brazos abiertos, exclamó:

—¡Ah! ¡mi querido belguita! ¡ven aquí, hijo mio, que te abrazaría, aun cuando el mismo rey estuviera en persona!

Y se echó á mi cuello con tal ligereza y de una manera tan brusca, que cediendo á aquel abrazo inesperado, caí al suelo de espaldas con la vieja encima, rompiéndome la cabeza. Mi amigo el de Bruselas acudió á socorrerme, y quitándome aquella vieja loca, me ayudó á levantar.

En aquel momento trageron sobre la muralla el cuerpo inanimado de una vivandera holandesa; la sangre corría aun abundantemente por sus vestidos, llevando tras sí el barrilito de ginebra suspendido por sus correas.

Aquella pobre mujer se había quedado detrás al huir los soldados holandeses, y pasaba por la puerta en el momento mismo que los voluntarios empezaban á pasarla. Los primeros que pasaron no quisieron hacer fuego á una mujer; pero la vivandera les hizo con la mano un gesto despreciativo y burlon, y puesto en juego el fusil, cayó la valerosa mujer, atravesado el corazón por una bala. La vista del cadáver nos detuvo por un instante; pero despues seguí á mi amigo el bruselense hácia la plaza Mayor, donde se descargaron todos los fusiles en señal de regocijo,

entre gritos y exclamaciones imposibles de describir.

Mi amigo me persuadió que yo debía tirar tambien, y que lo hiciera; cargó mi pistola de arzon, que quizá no había hecho fuego desde el tiempo de Napoleon; me la puso en la mano y me enseñó cómo había de doblar el brazo para contener el recule del arma. Seguí sus instrucciones, y aguardé bravamente el golpe. Cómo lo hice, lo ignoro; pero mi pistola produjo una fuerte detonación, dándome tal sacudida, que me creí reducido á la nada. El codo y el hombro me quedaron tan mal, que mi amigo pensó morir-se de risa al ver mi triste figura.

(Se continuará.)

SUEÑOS.

—¿Porqué en sueños angélicos
sonríe el tierno niño
cuando en la cuna cándida
el maternal cariño
solicito la vela
con amoroso afán?
—¿Porqué se agita trémulo,
y la sonrisa pura
en sus labios adviértese
de célica ventura,
y el contento revela
su candorosa faz?

—Es que de puros ángeles
un melodioso coro
en torno de él agítase,
tiende sus alas de oro,
y bendice su frente
en nombre del Señor.

Y risueños espíritus
custodian su inocencia,
y á través de la mísera
dolorosa existencia
le muestran la fulgente
gloria santa de Dios.

NARCISA PEREZ.

Explicacion del figurin iluminado.

TRAGE DE DEBAJO DE PAÑO DE SEDA LILA, guarnecido con un volante casi plano, recortado por ambos bordes. Trage de encima (forma de funda) de encage blanco. Banda de paño de seda igual al trage, formando draperías sujetas por azaleas lila; esta banda vá anudada por detrás: en el pecho y en las mangas las mismas flores; en la cabeza un cordón de hojas verdes y azaleas.

TRAGE DE PAÑO DE SEDA VERDE. Tiras al sesgo de la misma tela, pero de punto de color mas oscuro, figuran sobre el trage una especie de túnica que se liga á un delantal corto; en el corpiño montante estas tiras figuran un collar cuadrado; la misma guarnicion en ambos estremos de las mangas; de la última de estas tiras pende siempre un fleco del mismo color.

PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION AL PROBLEMA N.º 102.

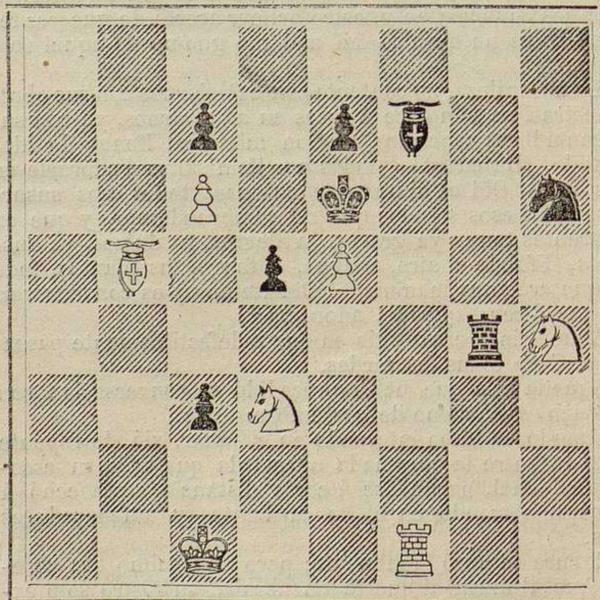
Blancas.

Negras.

- | | |
|----------------------------|-------------|
| 1.ª R.ª 3.ª A. jaque. | R. toma R.ª |
| 2.ª C. c. C. jaque. | R. juega. |
| 3.ª C. 2.ª A. jaque. | R. juega. |
| 4.ª C. 3.ª A. jaque. | R. juega. |
| 5.ª C. 4.ª R.ª jaque-mate. | |

PROBLEMA N.º 103, COMPUESTO POR M. ROB. BRAUNE.

NEGRAS.



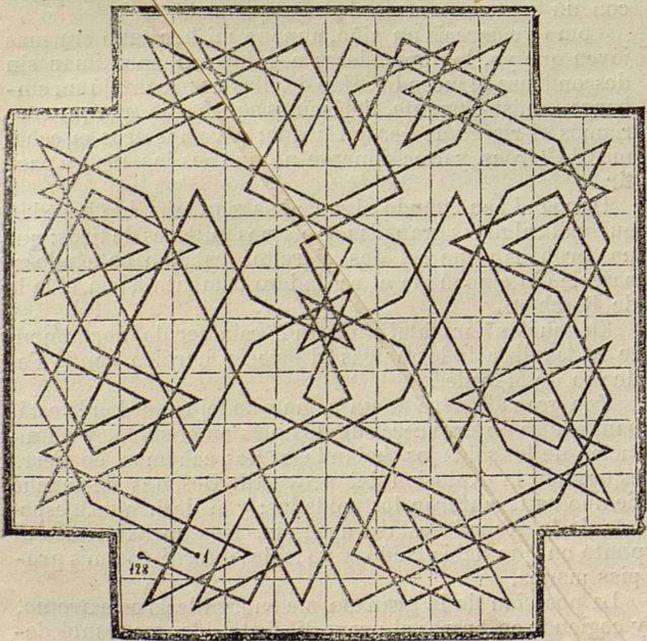
BLANCAS.

Las blancas juegan y dan mate en 5 jugadas.

DIRECTOR, D. FRANCISCO FLORES ARENAS.

CADIZ, 1867. — IMPRENTA Y LIT. DE LA REVISTA MÉDICA,
á cargo de D. Federico Joly y Velasco,
Bomba n. 1.

Solucion dada por la Srta. suscritora Doña I. de G. y C.ª al Salto del Caballo inserto en el número anterior.



Lo mismo que mis ojos
cuando pequeño,
eran mis ilusiones
color de cielo.
Puras y bellas
como la luz que brota
de las estrellas.

Azules ilusiones
y azules ojos
se han ido oscureciendo
poquito á poco:
cual se oscurecen
los movidos cristales
de limpia fuente.

Esperanzas perdidas,
lágrimas hondas,
cada día los cubren
con nuevas sombras.
Aun no son negros,
mas ¿dónde está su puro
color de cielo?

M. DEL PALACIO.